

## *Capítulo I*

A lo largo de muchos años Lorenzo de Argomedo pensó más de una vez que las características personales de cada cual condicionan los pocos acontecimientos que son de verdad determinantes en la vida. Si él no hubiera sido capaz de dibujar, escribir y manipular instrumentos exactamente igual con las dos manos, su condiscípulo Junquera no lo habría exasperado burlándose de su rara habilidad, no habrían tenido el cambio de palabras que tuvieron y no hubiesen terminado batiéndose en duelo. Es decir, si no hubiese sido ambidextro, no habría habido ocasión para que Lorenzo desmayara a su contrincante con un feroz puñetazo que le deshizo las narices, ni sus amigos habrían tenido razón para disfrazarlo de aldeano, montarlo en una mula de alquiler y hacerlo salir de Granada. Temían que Junquera pasara al otro mundo sin recobrar la conciencia y Lorenzo fuera acusado de asesinato alevoso. Aunque realmente Junquera fue el vil y el cobarde, y mereció el golpe. Se ufanaba de su habilidad como esgrimista, y cuando se dio cuenta de que Lorenzo sabía lo que se hace con una espada en la mano y que todos sus ataques fallaban, se desesperó, le hizo una zancadilla, lo hirió en el hombro derecho, y recibió el merecido puñetazo con la izquierda. Puede morir si no despierta en dos días, dictaminó el médico.

Cuatro días después, Argomedo despertó de su primera noche de refugiado en casa de su hermana Clara Eugenia y sufrió el conocido desconcierto de abrir los ojos por primera vez en un lugar que no es el propio. No estoy en Granada, se dijo, estoy en Córdoba. Así terminó de despertar y sintió sobre el hombro la venda limpia que la hermana le había puesto por su mano y la suavidad de la camisa de su cuñado.